

Los guardianes de la memoria: novelar contra el olvido

Por *Fernando AÍNSA**

DESPUÉS DE LOS AÑOS en que lo recomendable era propiciar el olvido, la memoria como derecho ha irrumpido en el pensamiento contemporáneo, alterando el panorama de la historia, la política, la justicia y la filosofía. Esta profunda significación de su importancia —especialmente la llamada “memoria histórica”— ha desconcertado a sus detractores empeñados en “pasar página” o en asociarla con el resentimiento, la sed de venganza o el victimismo. El significado de la memoria como categoría ha cambiado de una manera radical a partir de la reflexión filosófica sobre “el ser y el tiempo” (Heidegger), de una serie de acontecimientos históricos que han estremecido a buena parte del siglo xx —la Guerra Civil Española, el Holocausto, las dictaduras del Cono Sur, el fin de la Guerra Fría— y la comprobación de que el mundo actual es el resultado de una herencia cuya complejidad obliga a leer críticamente el pasado, ya que lo peor que se puede hacer es intentar borrarlo o ignorarlo.

Lo que hay que hacer es “explicarlo” —recomienda Reyes Mate. Un *logos* con memoria implica una relación interpelante que arranca del pasado para buscar respuestas en el presente y al mismo tiempo considera que recordar es aprender buscando y preguntando. Aprender es actualizar el caudal de experiencia y conocimiento acumulado en el lenguaje y por eso el conocimiento es recuerdo. Es más, aunque se pretenda construir un futuro diferente hay que tener siempre en cuenta lo que existió, lo que realmente ha pasado, ya que “una comunidad cultural cimentada en una lengua que alberga experiencias históricas opuestas, está abocada a pensarse desde el conflicto” y eso es lo que debe singularizar nuestro pensamiento.¹

La memoria está más presente que nunca, valga el juego palabras. Se debate en los parlamentos y se legisla, se polemiza en la prensa, se publican libros sobre el deber de memoria, se invoca el rechazo del olvido y el juicio moral que implica mantenerla viva, se la considera una forma de conocimiento² o de la memoria “aliada del progre-

* Escritor y ensayista; e-mail: <fainsa@telelineb>.

¹ Reyes Mate, *La herencia del olvido*, Madrid, Errata Naturae, 2008, p. 35.

² Teoría que Walter Benjamin desarrolló en *Tesis sobre la historia y otros fragmentos* (1940), México, Ítaca/UACM, 2008.

so”³, mientras Adorno prefiere hablar de un nuevo imperativo categórico que consiste en repensar la verdad, la política y la moral a partir de la conciencia de la barbarie. En este afán reivindicatorio se llega a decir que la restauración de los derechos de la memoria es un vehículo de liberación, “una de las más notables tareas del pensamiento”.⁴

Recuperar el pasado ausente

LEJOS de la metáfora bíblica de la mujer de Lot que por mirar atrás se convirtió en estatua de sal, todo invita ahora a sucumbir a la “imantación del pasado”, a la relectura y cuestionamiento de la historia oficial, a la recuperación de toda memoria, incluso la memoria sofocada, silenciada o simplemente olvidada.⁵ Ahora se acepta, incluso, la existencia de un “pasado ausente” de la historia, al punto de que una injusticia ocultada u omitida, puede resurgir años después, porque estaba ahí, latente, esperando despertar, ausencia que también forma parte de la memoria colectiva. Como se ha subrayado recientemente, el punto final no se puede poner donde uno quiera, por muy legal que sea una ley de “punto final”. Sólo lo posibilita o lo impone la estructura del texto más profundo del devenir histórico, del “duelo” que se supera, pero en todo caso que no se decreta.

En este poderoso afán *retrospectivo*, en este deliberado “mirar hacia atrás”, la narrativa latinoamericana de estas últimas décadas ha desempeñado una función esencial que Luis Britto García ha resumido en una auténtica consigna: “Frente al escándalo del olvido, la escritura es la prótesis del recuerdo” y que pretendemos abordar en este ensayo desde una triple perspectiva.

1) La interacción e interlocución entre memoria individual y memoria colectiva. El diálogo entre el yo mismo como realidad social; los problemas y las cuestiones que uno se plantea al ponerse en el lugar del otro o un “otro generalizado”. La incidencia del pasado reciente sobre la conciencia actual y el reflejo de la “memoria histórica” en la literatura.
2) La patrimonialización de la memoria. La memoria institucionalizada del discurso del poder vigente, sus símbolos, su influencia sobre la memoria individual y su reflejo en la narrativa.

³ Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004.

⁴ Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, Buenos Aires, Planeta, 1985.

⁵ Carlos Pacheco y Luz Marina Rivas, “Presentación”, *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* (Universidad Simón Bolívar, Caracas), ed. esp. *Novelar contra el olvido*, núm. 18 (julio-diciembre del 2001), p. 5.

3) La confrontación de las memorias. Prácticas de la memoria y del olvido. El discurso disidente contra los abusos de la memoria, la denuncia de los “asesinos de la memoria”, el silencio, la amnesia, los “grados” del olvido y el olvido selectivo.

El inevitable diálogo con el pasado

EN primer lugar nos interesa destacar la interacción y el diálogo que existe entre la memoria individual y la memoria colectiva, diálogo que se da con natural reciprocidad en la ficción literaria. Compenetración, interiorización de los marcos recíprocos de la memoria individual y colectiva, inscrita esta última en un “tiempo cultural” que desborda la noción restrictiva de *pasado histórico* —campo privilegiado de la historiografía— para proyectar la cultura más allá de la época en que se crea. Porque si la cultura pertenece a una época al mismo tiempo es fuente inagotable para todas las demás y su vigencia no se limita a un momento histórico determinado. Basta pensar en escritores como Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare, Rubén Darío y tantos otros; en expresiones arquitectónicas como el románico, el gótico, el barroco y el modernismo, para comprobar que sus creaciones literarias y artísticas no son sólo patrimonio de su tiempo, sino de una memoria cultural colectiva que atraviesa los siglos e invade el presente y a la que no es posible sustraerse porque forma parte de un patrimonio común.

Por eso —como percibió con agudeza Maurice Halbwachs—, la dependencia de la memoria individual del marco y entorno social es total, sin cuyas preguntas e imágenes no hay memoria.⁶ No hay memoria individual que no interiorice una pléyade de memorias colectivas aisladas de la que la cultural, en su sentido más amplio, es componente primordial y —por otra parte— la memoria colectiva es impensable sin una interacción con la memoria individual. Ningún individuo y menos aún un escritor, puede pretender estar en la exclusiva soledad de su yo interior. Vivimos todos en interdependencia con las múltiples memorias colectivas que integran y conforman nuestra cultura.

El pasado es necesario, por no decir inevitable, para todos; es parte constitutiva de la identidad. Parecería que de no remitirse a un pasado con el cual conectar el presente, éste sería incomprensible, gratuito, sin sentido. “Remitirnos a un pasado dota al presente de una razón de existir, explica el presente, ya que un hecho deja de ser gratui-

⁶ Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria* [n. 3]; del mismo autor, *La mémoire collective* (1950), Gérard Namer, ed. crítica, París, Albin Michel, 1997.

to al conectarse con sus antecedentes porque al hallar los antecedentes temporales de un proceso, se descubren también los fundamentos que lo explican”, ha precisado Luis Villoro.⁷ Esta función cumplida por el mito en las sociedades primitivas compete ahora a la historia, a partir del proceso de laicización de la memoria del pensamiento grecolatino iniciado por Herodoto, Jenofonte, Plutarco, Tucídides, Cicerón y que Salustio resumió en la máxima: “De todos los trabajos del ingenio, ninguno trae mayor fruto que la memoria de las cosas pasadas”.

En esta perspectiva se inscribe la idea de que todo discurso narrativo es, antes que nada, una recreación que intenta preservar la memoria. A través del proceso de interacción y diálogo entre el presente y el pasado, en el “vaivén” de un tiempo al otro que toda narración propicia, se establece una relación coherente entre ambos, se define un sentido histórico de pertenencia orgánica inscrito en un devenir colectivo, local, nacional o regional. Gracias a esta relación intertemporal se preserva la memoria como hogar de la conciencia individual y colectiva y se crea el contexto objetivo donde se expresan modos de pensar, representaciones del mundo, creencias e ideologías.

Esta dialéctica del tiempo ha sido esencial en la configuración de la identidad, aunque sea evidente que al retrazar un determinado momento histórico, toda narración, sea cual sea su intención (histórica o literaria), está marcada por su época. Basta pensar en las obras de historiadores y novelistas del siglo XIX, acompañadas de verdaderos “manifiestos de intención”, donde se definieron sucesiva y explícitamente los modelos romántico, realista y positivista.⁸ Modelos que reflejaron, por otra parte, una asunción de la temporalidad y de su transcurso, un reflejo y una comprensión no sólo de la época que se describía, sino de la forma en que ese periodo influía y determinaba el presente en que estaban situados el autor (tiempo de la escritura) y los destinatarios del texto (tiempo de la lectura).

Sin embargo, “la naturaleza del pasado es tan movедiza como el tiempo presente” —sostiene la venezolana Ana Teresa Torres: “La memoria no es un mausoleo cerrado que espera nuestra visita, sino algo que se mueve, con recuerdos cambiantes y articulaciones que se transforman a través de confrontaciones, interlocución con la propia subjetividad, archivo en permanente renovación que impide estar ab-

⁷ Luis Villoro, “El sentido de la historia”, en Carlos Pereyra *et al.*, *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, p. 38.

⁸ Alicia Chibán, ed., *El archivo de la Independencia y la ficción contemporánea*, Salta, Universidad Nacional de Salta, 2004.

solutamente seguros de lo recordado”.⁹ Al intentar recuperarlo lo hacemos con palabras, lenguaje cuyos matices lo hacen también movedido y donde la verdad se pluraliza: ya no es *una*, ni pretendidamente única, sino fraccionada como tantas son las voces de los testigos que pretenden reconstruirla y donde la memoria se complace en mezclar, relativizar, intertextualizar y elaborar sus propios palimpsestos y recreaciones. En resumen: “No existe el pasado, sólo una escritura en verbos de tiempo pretérito”,¹⁰ que convierte la realidad en texto, narra el recuerdo en un discurso no necesariamente verdadero, pero siempre actual. La visión del mundo no está formada únicamente por valores universales absolutos, basados en una presunta universalidad de la razón. El pasado se reescribe siempre en un contexto nuevo, la relación viva entre presente y pasado obliga constantemente a cambiar la mirada.

En realidad, las relaciones con el pasado no son nunca neutras y se inscriben inevitablemente en la más compleja dialéctica que hace de su reconstrucción una forma de la memoria, cuando no de la nostalgia y de la fuga desencantada del presente hacia el pasado. Al mismo tiempo el pasado se capitaliza a nivel individual como parte de la estructura de la identidad. Por algo se afirma que “uno es lo que ha sido”. Son las experiencias, los recuerdos, incluso los acontecimientos traumáticos los que nutren una memoria que configura la historia personal, donde la representación del pasado individual y los recuerdos personales se idealizan a medida que van retrocediendo en el tiempo. Fotos, *souvenirs*, antigüedades, cartas, diarios íntimos, objetos personales, son los soportes necesarios de una memoria que no quiere perderse y que se embellece retroactivamente al registrarse en crónicas, testimonios, tradiciones y relatos orales o se revive en novelas históricas y en temas, motivos, cuando no tópicos literarios. La memoria es lo que se hace de ella; es, por naturaleza, plástica, flexible y cede muchas veces a la imaginación o a la fantasía.

En *Tijeras de plata* (2003) el uruguayo Hugo Burel apuesta por hacer de la memoria la más completa herramienta de reconstrucción del pasado individual inserto en el devenir colectivo. Advierte al principio de la novela:

⁹ Ana Teresa Torres, “La memoria móvil: entre el odio y la nostalgia”, *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* [n. 5], p. 14.

¹⁰ *Ibid.* Torres es autora también de las novelas *El exilio del tiempo* (1990) y *Doña Inés contra el olvido* (1992).

En ciertas zonas de la memoria hay vivencias que permanecen afincadas como en uno de esos depósitos de las casas de subastas, llenos de muebles y objetos de variada procedencia y valor. Están allí como aguardando que venga alguien a interesarse, a sacudirles el polvo y a restituirlos al presente.¹¹

A ese “depósito” de la memoria lleno de recuerdos polvorientos ingresa el narrador para “interesarse” en la vida de un peluquero a cuyo salón concurría de niño de la mano de su padre. Las “vivencias” recuperadas son borrosas y deshilachadas; los testimonios de clientes y testigos ocasionales, esos seres que tienen más pasado que futuro, más recuerdos que proyectos, aún recogidos con pericia detectivesca, son contradictorios. El todo compone un *puzzle* al que le faltan piezas y donde otras no encajan en el hueco que ha dejado el paso del tiempo, pieza central de la reconstrucción de una época con su farándula de personajes reales y ficticios, sus acontecimientos históricos de fechas que no siempre concuerdan con las evocadas.

“La historia entra dentro de ti sin que tú se lo pidas, disfrazada de catástrofe o de pura eventualidad, una banalidad y estás desplazado, en otra dimensión, viviendo otra vida paralela que no es la tuya”, anuncia Dante Liano en una novela donde un colectivo y anónimo “nosotros” de reminiscencias onettianas va comentando en el café del barrio lo que sucede bajo el signo de la “catástrofe” y de la memoria.¹² “Ruido de catástrofe encima de toda la inutilidad consumida”, comprueba luego,¹³ “pequeñas catástrofes póstumas, naufragios definitivos e irreversibles, sin paraísos ni sueños, pura destrucción de la materia para siempre”, acepta con fatalismo.¹⁴ El lacónico Doctor Zamora, médico forense, sabe en su melancolía que “la memoria esconde las cartas perdedoras, selecciona, tiene piedad” y que “la memoria nos cuenta lo que le conviene y al final no es verdad lo que recordamos. Olvidamos lo esencial, que es el dolor”.¹⁵ Por eso se dice que el Doctor Zamora sabía que la memoria era completamente inútil, “una basura que persis-

¹¹ Hugo Burel, *Tijeras de plata*, Madrid, Lengua de trapo, 2003, p. 9.

¹² Dante Liano, *El hijo de casa*, Barcelona, Roca, 2004, p. 31; dicha novela se basa en un hecho de sangre ocurrido en Guatemala a fines de 1952. El uso de la primera persona del plural, encarnado en un anónimo “nosotros”, caracteriza obras fundamentales de Onetti como *Para una tumba sin nombre* y *Juntacadáveres*, disolución en lo colectivo que convierte la posible certeza en rumor de una deliberada ambigüedad.

¹³ *Ibid.*, p. 31.

¹⁴ *Ibid.*, p. 35.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 22, 39.

tía en su mente, como si le fuera indicando que la mente acumula también lo que no quiere acumular, obsesiones persistentes”¹⁶.

Estrategias de la memoria

PARA entender bien el proceso por el cual la memoria individual y la colectiva se combinan en la representación del pasado, es importante precisar que la memoria no es una actividad espontánea, ni fácil. Hay que pensarla desde una estrategia, basada fundamentalmente en la palabra del testigo, sea éste un presunto testigo imparcial o uno que ha experimentado lo que cuenta, un “superviviente”. La memoria se reduce al espacio temporal de las generaciones que integran nietos, hijos y abuelos y todos aquellos que pueden haber sido testigos presenciales. Hasta ese momento hay una continuidad entre la sociedad que lee la historia y los testigos que la vivieron. Cuando éstos desaparecen —y nadie puede recordar— empieza el dominio de la historia y se cierra el de la memoria.

Donde termina la memoria de las generaciones capaces de testificar en “vivo y en directo” sobre una época, lejos de los relatos de quienes pueden decir “yo lo vi, yo lo escuché decir”, la historiografía empieza y evidencia las limitaciones de su discurso, cuyos recursos narrativos son reducidos: tercera persona del singular, tiempo verbal pretérito y texto en que parece fijarse para siempre.

A diferencia del discurso ficcional, el historiador no puede utilizar procedimientos de “puesta en situación” del pasado como si fuera parte del presente narrativo de sus protagonistas. En la ficción novelesca —por el contrario— el tiempo, por muy remoto que sea, puede representarse a través de vivencias, de diálogos y de la percepción de conciencias individuales, donde las experiencias de los personajes, tanto de actores como de testigos, se viven en un tiempo actualizado. La inserción de la conciencia individual en el seno del pasado colectivo es así un privilegio de la literatura, recurso narrativo que le otorga, paradójicamente, una mayor verosimilitud.

Si el saber histórico tiene, en principio, el deber de liberarse de las tendencias apologéticas del pasado, la ficción literaria se complace en refugiarse en los arquetipos de la memoria, esas edades míticas recurrentes y escenificadas en los topos idealizados de la poesía y la narrativa. Mientras la función del historiador “no es ni amar el pasado ni emanciparse de él, sino dominarlo y comprenderlo, como clave para la

¹⁶ *Ibid.*, p. 50.

comprensión del presente”,¹⁷ la ficción tiende a *descronologizar* el relato. Al abolir la representación lineal del tiempo se profundiza la temporalidad individual. Se reelabora de este modo —tal como propone Paul Ricoeur en *Temps y récit*— el vínculo existente entre la *afección* y la *intención* a través de la dinamización progresiva de la metáfora que se refiere a la espera, la atención y el recuerdo.

No es extraño entonces que en América Latina las relaciones con el pasado no hayan sido nunca neutras; inevitablemente se inscriben en la más compleja dialéctica entre las concepciones que lo idealizan y hacen de su reconstrucción una forma de la memoria, cuando no de la nostalgia y de la fuga desencantada del presente hacia el pasado o —como sucedió en el siglo XIX y principios del XX—, una forma de imaginar un futuro cristalizado en nacionalidades de las que se rescataban los dispersos signos en una historia remodelada a tales efectos.

Esta dialéctica del tiempo y la memoria ha sido esencial en la configuración de la identidad individual y nacional, aunque sea evidente que al retrazar un determinado momento histórico, toda narración, sea cual haya sido su intención (histórica o literaria), está marcada por la época de la escritura. Abordar, por lo tanto, la literatura que ha novelizado la historia de las últimas décadas —de 1960 a la fecha— es optar por cabalgar la frontera de dos géneros —el histórico y el ficcional— que han intercambiado en esas mismas décadas buena parte de sus funciones disciplinarias.¹⁸

El renovado interés por el destino individual en el seno de un devenir histórico común explica también el sentimiento de que existe un tiempo individual en la representación del tiempo colectivo compartido en un espacio común, cuyo componente esencial es la *memoria cultural*. De ahí el cambio cualitativo del subgénero histórico de la biografía que ha permitido introspecciones y consideraciones psicológicas variadas en lo que se denomina la “psicohistoria”, las “microhistorias” que retrazan, al modo de novelas costumbristas, la vida cotidiana del pasado o el esfuerzo por elaborar una “historia de las mentalidades” o de la “sensibilidad”, donde el sentido de la *duración* y del tiempo es más subjetivo que objetivo.

Más recientemente, en el conjunto de una historia colectiva las aperturas psicoanalíticas de disciplinas cerradas, como la genealogía y los temas de *filiación* a que invita la búsqueda de raíces familiares, han abierto las puertas a una sugerente ficcionalización, situada entre la

¹⁷ Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1988, p. 34.

¹⁸ Estas relaciones se desarrollan ampliamente en un texto de mi autoría, *Reescribir el pasado*, Mérida, El Otro@el mismo, 2003.

biografía, el “relato de vida” o la saga familiar del rastreo histórico de los orígenes. Entre muchos otros, los ejemplos de *Santo oficio de la memoria* (1991) de Mempo Giardinelli, y de *Finisterre* (2007) de María Rosa Lojo, son interesantes en la medida en que la filiación familiar se entronca con las raíces de la identidad argentina, oscilando en forma pendular entre Europa y América.

Se llega, incluso, a privilegiar la “memoria viva” por considerarla más auténtica y verdadera que la historia que inevitablemente la manipula al “arreglar” el pasado, al acomodarlo en función del presente, al forzar en los límites de la estructura del relato que lo configura lo que es la materia prima de la memoria: la vivencia, el recuerdo o el testimonio. De ahí el auge de los relatos de vida, del género testimonial, donde el tiempo individual se integra en el colectivo. Una interdependencia de percepciones que incluso subyace en el renovado interés por la historia de acontecimientos recientes, inmediatez favorecido por el desarrollo de los medios de comunicación que ha acercado los géneros de crónicas y reportajes periodísticos al de la propia historia.

Menos dueños del presente de lo que creemos, sentimos como el pasado entra en él como cosa viva, obra con fuerza semejante a lo contemporáneo y reactualiza con toda su carga emotiva la poderosa presencia de la memoria en las contiendas del momento actual.

Sin embargo, también hay que tener en cuenta la confortable desmemoria que modela el pasado al gusto de la construcción biográfica. Se denuncian así muchas autobiografías donde priman “las anécdotas complacidas, aventuras de ancianos que prefieren habitar en una vaga nostalgia no enturbiada por la introspección, no removida por la conciencia de ningún error, por ningún arrepentimiento”.¹⁹

La patrimonialización de la memoria

TODAS estas capas sedimentarias, tanto individuales como colectivas, son referentes de una historia personal que está en diálogo, cuando no en tensa confrontación, con la memoria oficial. Gracias a esa confrontación descubrimos que los recuerdos no son sólo personales, sino parte de un tiempo que nos impone los paradigmas de una memoria colectiva elaborada como un verdadero sistema de reconstrucción histórica y justificación del presente del que somos prisioneros, aunque no tengamos plena conciencia de ello.

¹⁹ Antonio Muñoz Molina, “Una posible biografía”, *Babelia*, suplemento de *El País* (Madrid), 31-x-2009.

En efecto, vivimos todos inmersos, mal que nos pese, entre los signos de una memoria colectiva que ha institucionalizado la visión oficial de la historia a la que pertenecemos. *Sistemas celebratorios* con signos reconocibles en la nomenclatura urbana —nombres de plazas, avenidas, calles y pasajes; placas recordatorias, la “memoria monumental” de palacios, catedrales y panteones— gracias a los cuales el espacio se significa y se proyecta en el tiempo; edificios públicos —archivos, museos, hemerotecas y bibliotecas— donde se condensa el entramado de memoria que se protege y conserva; sistemas sostenidos por el “texto/textura” de manuales escolares que inculcan una versión oficial de los orígenes, de poesía conmemorativa y relatos hagiográficos; fiestas patrias que salpican el calendario con festejos y desfiles, aniversarios, centenarios, bicentenarios y sesquicentenarios que se encadenan para rememorar nacimientos, muertes, publicaciones y acontecimientos históricos; himnos, banderas y escudos que encarnan símbolos nacionales y donde la retórica del *discurso del poder* vigente institucionaliza y penetra los medios de comunicación, la actividad política, cívica y militar para asegurar su hegemonía ideológica. Como legado representativo provisto de su propia retórica, los que Jurij M. Lotman define como *signos conmemorativos*²⁰ tienen una intencionalidad y un designio, suerte de “religión civil” que se completa en la iconografía del dinero —la llamada “memoria metálica”, monedas acuñadas con efigies y perfiles en billetes— y en la de los sellos postales.

Los lugares en que se ha anclado la memoria colectiva y la vasta topología que Pierre Nora llama *Les lieux de mémoire*²¹ no son necesariamente verbales y se imponen a los individuos con aparente naturalidad, como si fueran la expresión indiscutida de una interpretación canónica en vigor de la historia. A través de su clara función mnemotécnica la visión oficial de la historia se legitima y administra y condiciona la memoria individual con representaciones incesantemente reelaboradas como auténticos arquetipos de memoria colectiva que dejan sus marcas —*traces* al decir de Paul Ricoeur— sobre la memoria individual.²²

Se comprueba entonces con cierta consternación que toda autoridad que domina el presente pretende “reacomodar” el pasado, definir lo que hay que recuperar de la memoria colectiva, ser la medida del proceso selectivo que controla y jerarquiza lo que “debe” recordarse.

²⁰ Jurij M. Lotman, *Tipología della cultura*, Milano, Bompiani, 1987.

²¹ Pierre Nora, ed., *Les lieux de mémoire*, Paris, Quarto Gallimard, 1997.

²² Paul Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Paris, Seuil, 2000.

La legitimación del orden establecido que esta recuperación selectiva del pasado consagra es más política que científica, aunque se apoye en acontecimientos reales, documentos fidedignos e interpretaciones canónicas que pretenden ser objetivas. En la incorporación intencional y selectiva del pasado lejano e inmediato se adecuan los intereses del presente para modelarlo y obrar sobre el porvenir, verdadera retrodicción del lenguaje que infiere lo que pasó a partir de lo que actualmente sucede.

Estos “monumentos” en conjunto superponen las representaciones de lo visible con lo recordado, espacios que “rezuman temporalidad”,²³ esos lugares que proyectan una secuencia de acontecimientos en los que mito e historia, memoria colectiva e individual se entrecruzan y donde se superponen no sólo las representaciones de lo visible, sino las de recuerdos, eventos, referentes connotativos no siempre vividos directamente pero que conocemos. Temporalidad y espacialidad que también esconden acontecimientos de un pasado sofocado: el monumento a cuyo pie se inmoló el estudiante el día en que se instauró la dictadura, la encrucijada en que una manifestación obrera fue reprimida, la casa allanada de la que una noche lluviosa fue sacado el amigo que desapareció para siempre.

Un espacio en el que también se insertan los recuerdos individuales, aunque estén siempre condicionados por los colectivos. Nuestros recuerdos personales se integran inevitablemente en la rejilla de su irradiación simbólica. Nuestra memoria no puede liberarse de la historia que la condiciona y contextualiza. La historia oficial, como expresión de un tiempo que pretende ser colectivo, se impone en la memoria individual de todos nosotros, aunque no lo queramos, aunque lo rechacemos. Un parentesco secreto se establece entre los lugares en que vivimos y donde acumulamos recuerdos de nuestra memoria individual y los objetos conservados en museos o archivos y, más sutilmente, con las instituciones que los representan. Los recuerdos personales forman parte de esa memoria históricamente consciente de ella misma con que Nora define a la tradición, lo que necesita de una herencia que se asume y una mirada que subjetivice ese patrimonio.²⁴ Como decía Renan, sin la ironía con que puede leerse ahora: “No hay nación que se precie que no invente su pasado”.

Por ello, más allá del sistema celebratorio imperante, muchos espacios reflejan su propia temporalidad. Son los “tiempos acumulados”,

²³ Ricardo Gullón, *Espacio y novela*, Barcelona, Antoni Bosch, 1980, p. 75.

²⁴ Nora, ed., *Les lieux de mémoire* [n. 21], p. 3041.

el “tiempo frondoso” de que habla Saül Karsz, cuyos planos múltiples y cualitativos se fecundan y entrecruzan sin cesar. Son los *espacios históricos* por antonomasia que superponen las representaciones de lo visible y recordado con el secreto de esquinas y plazas. Temporalidad y espacialidad que destilan también los acontecimientos de triste memoria de un pasado sofocado: la plaza en que se realizó el acto preelectoral final partidario de las últimas elecciones antes del golpe de Estado, la avenida en que una manifestación obrera fue reprimida apenas instaurada la dictadura, capas sedimentarias del estrato de la memoria, referentes de una historia paralela en diálogo, sino confrontación, con la oficial.

Pese a todo, este pasado impuesto nos es necesario. Es bueno recordar brevemente que la irrupción postergada del *temporalismo* en el “drama metafísico” del hombre contemporáneo se concreta a partir de Henri Bergson y su famoso distinguir entre tiempo real o vivido y tiempo imaginario o ilusorio. Bergson contrapuso por primera vez el tiempo del yo psicológico y su íntima duración a la proyección exterior, homogénea, cronológica, cuantitativa y mensurable de un tiempo simultáneo a otros tiempos exteriores. El tiempo individual se elabora con la propia experiencia, con lo vivido, con el lugar de la memoria y la esperanza y, en la medida en que es posible representárselo, con la reconstrucción de la conciencia o simplemente con la creación y la invención histórica y literaria.

Sin embargo, la percepción del *tiempo vivido* ha sido siempre contradictoria y conflictiva, aunque no llegue al extremo de un mero transcurrir “sin dirección”, sino a la de un devenir enunciado por Heráclito y desarrollado por Hegel. Su movilidad está íntimamente emparentada con el “anhelo” (Ernst Bloch), con la voluntad, con la propia vida, con ese sentimiento que Oswald Spengler llamaba el “carácter orgánico” del tiempo.

En realidad, lo que se mide no son las cosas pasadas o futuras, sino lo que se recuerda o lo que se espera, es decir todas aquellas “afecciones” dinamizadas por la espera, la atención y el recuerdo y el tránsito de los acontecimientos a través del presente. El tiempo individual tiende a abolir la representación lineal del tiempo, descronologización que profundiza la reconocida complejidad del tema donde tiempo y memoria se entrelazan con ambigua atracción, donde la fragilidad de todo recuerdo se evidencia en la sutil interdependencia con el perdón, el olvido, el rencor, la venganza, la comprensión, la clemencia, el duelo y la melancolía y en los matices entre remembranza, rememoración o simple recuerdo.

Entre la desmemoria y el desolvido

MUCHOS se preguntan ¿para qué recordar? Según Michel Surya, el pasado ocupa todo el espacio que se debería emplear en pensar el presente; el pasado pesa más que nunca y rellena la memoria humana hasta límites insoportables provocando miedo al porvenir.²⁵ Por ello, propone liberar al futuro del pasado y denuncia que cada día somos más historiadores y menos filósofos, olvidando, precisamente, que el olvido no es menos necesario que la memoria en favor del porvenir. Por su parte, Tzvetan Todorov se pregunta si no hay un abuso del uso de la memoria, la que se ha convertido en “un culto” cuyo fervor compulsivo la ha sacralizado en perjuicio del presente y el porvenir que deberían ser prioritarios.²⁶ Al mismo tiempo, reivindica la historia como disciplina. En un reciente y polémico artículo sobre la lectura del pasado argentino hecha desde la memoria de las víctimas, Todorov se pregunta si ésta no atenta contra la verdad y la justicia ya que: “La Historia nos ayuda a salir de la ilusión maniquea en la que a menudo nos encierra la memoria: la división de la humanidad en dos compartimentos estancos, buenos y malos, víctimas y verdugos, inocentes y culpables”.²⁷ En otros casos, las versiones ritualizadas del pasado se satanizan como encarnación de lo arcaico, de lo viejo, de objetos que son antiguallas, *démodées*, tradiciones que hay que destruir. En el caso extremo de las revoluciones se derriban estatuas, queman palacios, iglesias y los símbolos que encarnan el viejo orden, como en la esfera individual se queman las cartas o las fotografías de un frustrado amor, cuando se quiere olvidarlo y borrar todo rastro de su memoria. Ya lo decía Karl Marx, “las tradiciones de todas las generaciones pasadas pesan, como una pesadilla, sobre el cerebro de los vivos”.²⁸

También se olvidan selectivamente episodios de la historia, se borra lo que molesta, se oculta lo que no se quiere recordar. Por eso las calles y las avenidas, las ciudades cambian de nombre para acelerar el proceso del olvido decretado del pasado, como el individuo cambia la decoración y los muebles de su casa o se muda de su propio domicilio cuando pretende iniciar una vida nueva.

²⁵ Michel Surya, *Libérer l'avenir du passé*, respuesta al concurso Weimar 1999 sobre los temas más importantes para el nuevo milenio.

²⁶ Tzvetan Todorov, *Les abus de la mémoire*, París, Arléa, 1998.

²⁷ Tzvetan Todorov, “Un viaje a la Argentina”, *El País* (Madrid), 7-xii-2010.

²⁸ Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en *id.*, *Obras escogidas*, 3 tomos, Moscú, Progreso, 1981, tomo 1, pp. 404-498.

Tomo el ejemplo reciente de Uruguay. Por imperio de los diferentes gobiernos del país —constitucionales y *de facto*— ha cambiado varias veces la nomenclatura urbana de Montevideo y se han sustituido unos monumentos por otros. Si la dictadura entre 1973 y 1984 rebautizó calles y plazas dándoles nombres de personajes oscuros de una historia cuya revisión se empeñó en hacer para justificar su propia existencia, el retorno a la democracia no sólo restableció parte de la nomenclatura original, sino que la sustituyó por nombres de víctimas de la dictadura.

El discurso narrativo también cuestiona la fe que en el pasado se depositó en la fuente textual, lo que se ha llamado el “fetichismo” del documento, por lo cual se considera que hoy es más importante descubrir lo falso que lo verdadero. Sin dejar de reconocer que la historia maneja una materialidad documentaria amplia que incluye tanto textos, narraciones, actas y reglamentos como objetos y costumbres para “una puesta en obra” que no busca tanto “memorizar” el pasado como reagruparlo y formar “conjuntos”, Michel Foucault propone rastrear lo que ha sido excluido, las omisiones deliberadas, lo prohibido que acompaña la “historia monumental”; porque en definitiva en toda sociedad, “la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad”.²⁹

En efecto, aún empeñados en definir el carácter científico de su disciplina, gracias al cual pretenden ser los únicos que pueden narrar lo que realmente ha sucedido, los historiadores reconocen que la falsedad, la mentira y el ejercicio deliberado del “asesinato de la memoria” —como desarrolla en parte la obra de Andrés Rivera— pueden ser más distorsionadores de la realidad que la ficción que busca una verdad ejemplar a través del símbolo o la alegoría.³⁰ Las relaciones entre filología y falsificación han demostrado que la “crítica del documento” como fuente del saber histórico era fundada pero, sobre todo, que la relativización del saber histórico tradicional acerca aún más los territorios de dos disciplinas que han estado separadas. La historia silenciada (u ocultada) lleva a que —al modo sugerido en la obra de Rivera— se escriba “ficción sobre ficción”, un modo de transgredir no sólo los géneros, sino de “denunciar” la manipulación de la historiografía canónica. Como ha anotado Nilda Flawiá Fernández: “El espacio escriturario

²⁹ Michel Foucault, *L'ordre du discours*, París, Gallimard, 1973, p. 11.

³⁰ Andrés Rivera, *La revolución es un sueño eterno*, Buenos Aires, Seix Barral, 2008.

de *La revolución es un sueño eterno* (1992) asume el lugar de los silenciados por la historia oficial, generando una provocación a la memoria, una permanencia del recuerdo que es insistir en la ausencia del olvido”.³¹ Su empatía con los vencidos le permite llenar algunos vacíos de la historia e intentar saber las razones de su fracaso.

La herencia oculta de los vencidos

DE ahí el énfasis del discurso histórico dominante por destruir toda forma de disidencia o erradicar la expresión de minorías. La eliminación de la memoria por el aniquilamiento, prohibición o censura de las fuentes acompaña la historia y América Latina abunda en ejemplos ilustrativos, al punto de que el escritor Héctor Tizón sostiene que la única verdadera historia de su tierra es la de “la oscuridad” y “la derrota”.³² De ahí los esfuerzos por salvar la memoria ocultada, deformada o ignorada que propone el discurso alternativo de la narrativa, donde el único recurso posible para el autor de ficciones es la apropiación del sistema de signos codificados, petrificados en la cristalización ideológica de la cultura, para subvertirlo o recuperarlo por la invención de la “verdad histórica” a través de la “mentira novelesca”. En otros casos, las omisiones de la historia —las “informaciones retenidas”— se descubren gracias al discurso ficcional que las revela. La narrativa testimonial del exilio sudamericano abunda en ejemplos de esta intención (voluntad) explícita de revelación de lo que estaba oculto.

Walter Benjamin en esa especie de “teología filosófica del recuerdo” hecha de evocación y memoria que propone en *Para una crítica de la violencia*, afirma que la humanidad sólo pervivirá si ensancha permanentemente el espacio de sus recuerdos y le otorga un lugar prioritario a “los desechos de la historia”. En su alegato “en favor del pasado oprimido” recupera esos “desperdicios” que no son otros que los de una modernidad que ha preferido los valores del progreso a los del humanismo. Benjamin lamenta que el progreso se haya convertido en un fin en sí mismo, en un progreso a cualquier precio que ha olvidado que la humanidad debería ser su única meta. En el desarrollo de esa noción del progreso hecho de eficacia y de cálculo son muchos los “desperdiciados”, los arrojados a la “cuneta” del *continuum* histórico, los marginados, los excluidos. Nuestro presente está construido sobre

³¹ Nilda Flawiá Fernández, *Polémicas por la patria*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 2004, p. 81.

³² Cf. Héctor Tizón, *El cantar del profeta y el bandido* (1972), Buenos Aires, Alfaguara, 2004.

los vencidos, esa herencia oculta del pasado. Por lo tanto recomienda “pasar a la historia el cepillo a contrapelo, valorando el progreso a partir del destino de los oprimidos”.³³ Una cultura del recuerdo debe reivindicar su lugar en la memoria, un modo de reafirmar que “no nos ha sido dada la esperanza sino por los desesperados”. Se puede recordar entonces la frase atribuida a Aristóteles: “La historia tiene muchas madres, la derrota ninguna”. En realidad, la memoria decisiva no es la de los hechos felices sino la de los infelices y esa memoria negativa es la que puede constituir un elemento crítico importante para la construcción alternativa del presente.³⁴

La incertidumbre de unos (los historiadores) ha permitido la aventura creativa de otros (los novelistas), pero también un “beneficio de la duda” saludable entre los dueños de tantas certidumbres. El discurso problemático y polisémico de ambas y el consiguiente espacio de libertad ganado, con las consiguientes interrogantes que toda emancipación conlleva, alimentan sin embargo lo mejor de la creación latinoamericana contemporánea, tan desmitificadora como variada.

Los problemas de la verdad histórica y la verosimilitud literaria planteados por Ricardo Piglia, así como la deliberada “novelización” de la historia de Tomás Eloy Martínez —que en *La novela de Perón* (1985) se interroga: “¿Por qué la historia tiene que ser un relato hecho por personas sensatas y no un desvarío de perdedores?”—, son abordados progresivamente a través de un procedimiento más circular que lineal (una auténtica espiral) como si ninguno de los textos admitiera una interpretación unívoca y necesitaran de la ambigua recurrencia de una mirada que una y otra vez se vuelve sobre sí misma.

Algo parecido puede decirse de *El desierto* del chileno Carlos Franz, aunque en este caso la memoria tiene una curiosa vuelta de tuerca: se pretende recordar algo que no se ha vivido. Claudia ha regresado a Pampa Hundida, en el norte de Chile. Hija de exiliada, ha nacido en Berlín, ciudad donde el pasado y la historia son carne viva y tiene “la despiadada impunidad ante el pasado que sólo tienen los que carecen de él”.³⁵ Cree que en Chile, como en Berlín, no son los viejos sino los jóvenes quienes exigen recordar ese pasado que otros pretenden olvidar. Para Laura, su madre:

³³ Walter Benjamin, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, México, Taurus, 2001, pp. 23-45.

³⁴ Reyes Mate, citado por Javier Rodríguez Marcos, “¿Qué hacemos con los genios infames?”, *El país* (Madrid), 20-11-2011, p. 31.

³⁵ Carlos Franz, *El desierto*, Barcelona, Mondadori, 2005, p. 19.

Este “retorno” de Claudia al país en el que ni siquiera había nacido era su derrota, su quiebra en esa larga empresa de fugas y olvidos iniciada dos décadas antes. Su hija, de alguna inesperada forma, había desarrollado un instinto para el camino de vuelta. Un instinto, una intuición, una curiosidad invencible.³⁶

Entonces comprende que “cuando se ha huido mucho de la memoria, el primer alivio es rendirse a su abrazo”³⁷ y que su tiempo de esconderse llegaba a su fin. “La remota balanza que una vez, hacía veinte años, había quedado en suspenso —los platillos equilibrados precariamente en el fiel en un empate con el olvido— empezaba a inclinarse irresistiblemente hacia el pasado”.³⁸ Es más:

No hay olvido verdadero que no comience por el recuerdo. Tarde o temprano, también los hijos, con los que vivíamos para el futuro, nos impiden olvidar, nos empujan a la memoria con sus preguntas temerarias sobre un pasado que no vivieron.³⁹

En la generalización de “ideologías olvidadizas”, en los “grados del olvido”, en el olvido selectivo, en la cultura *light* del mundo actual que preconiza el olvido como medida saludable, en ese pasar rápidamente “a otra cosa” cuando alguien sucumbe derrotado, Manuel Fraijó —un exégeta de la obra de Benjamin— se pregunta con inquietud si es posible que pueda alzarse “alguna voz que almacene tanto dolor y evoque con dignidad a los que son sacrificados indignamente”, como lo hizo con intensidad ejemplar el autor de *Discursos interrumpidos*. Por ello, más que combatir el miedo por el olvido, hay que aprender a “dejar de olvidar” —esa *desmemoria* a la que hay que oponer un *desolvidar*— hay que saber recuperar y asumir la memoria individual y colectiva, conocer su propia historia sin avergonzarse de sus episodios más oscuros y sin temor a cuestionar los *signos conmemorativos* en que se apoya. “Memoria para armar” podría parafrasearse el título de Julio Cortázar, porque la memoria también se construye y los recuerdos tienen sus guardianes, como recuerda Lucette Valensi:

En la medida en que las secuencias del pasado forman nuestra identidad narrativa, en la medida en que nos dicen lo que somos, la reinterpretación del pasado es un trabajo siempre por reelaborar, una labor de Penélope, que

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*, p. 44.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ *Ibid.*

asegura la continuidad de la casa de Ulises deshaciendo cada día el trabajo realizado la víspera.⁴⁰

La respuesta es una sola y parece clara: para permanecer, los recuerdos deben fijarse en la palabra escrita. El texto es su mejor guardián. De ahí la importancia de la escritura como gesto para conjurar el miedo, como arma para exorcisar temores y angustias y desterrar el silencio.

Es bueno recordar que existen silencios que pueden ser más destructores que una verdad aceptable: las palabras “políticamente incorrectas”, las palabras prohibidas,⁴¹ el tabú que rodea ciertos temas (*gays* cristianos, sacerdotes pederastas) o nombres de enfermedades cuya sola mención parece contagiar a su alrededor, como el cáncer o el SIDA, el acuerdo tácito de no hablar de “ciertas cosas”. Pareciera que si algo no se menciona “existe menos”. Todo aquello que queda englobado en la expresión “De esto no se habla” con que Julio Llinás tituló el relato que inspiró la película homónima de María Luisa Bemberg protagonizada por Marcello Mastroianni.

Por el contrario, es bueno recordar también que hay pasados que no quieren pasar, que se empeñan en estar siempre presentes. Decía Juan Rulfo que en México es imposible enterrar definitivamente a los difuntos. Están siempre ahí: es imposible olvidarlos, aunque se lo pretenda. Lo importante es abordar su memoria con la libertad que da la ficción para apropiarse del pasado y abandonarse al juego de la imaginación libremente consentida; libertad para ser el demiurgo de un territorio que se ha creado o para ser el paciente arqueólogo que escarba entre “las ruinas del pasado” —al decir metafórico de Norbert Elias— para recoger fragmentos testimoniales o documentales, unirlos con la argamasa textual esfuminando los límites entre realidad y ficción, para dar —finalmente— la ilusión de que “otra” memoria es posible.⁴²

⁴⁰ Lucette Valensi, “Autores de la memoria, guardianes del recuerdo, medios nemotécnicos: cómo perdura el recuerdo de los grandes acontecimientos”, en Josefina Cuesta Bustillo, ed., *Memoria e historia*, Madrid, Marcial Pons, 1998, p. 68.

⁴¹ En Argentina, en los años cincuenta se prohibió por decreto el término *comunismo*, la palabra *Perón* y sus derivados; en los setenta *Montoneros* o *ERP* (se autorizaban sólo con minúscula). En Uruguay estuvo prohibido en los setenta mencionar a los Tupamaros. Se utilizaba el eufemismo “los innombrables”.

⁴² Norbet Elias, *Sobre el tiempo*, México, FCE, 1997.

RESUMEN

El derecho a la memoria se debate en los parlamentos y se legisla, se invoca el rechazo del olvido. Todo invita ahora a sucumbir a la “imantación del pasado”, a la relectura y cuestionamiento de la “historia oficial”, a la recuperación de toda memoria. En este poderoso afán *retrospectivo*, la narrativa latinoamericana de los sesenta al presente ha desempeñado una función esencial que pretendemos abordar en este ensayo desde una triple perspectiva: 1) la interacción e interlocución entre la memoria individual y la memoria colectiva; 2) la patrimonialización de la memoria como base del poder vigente, sus símbolos, su influencia sobre la memoria individual y su reflejo en la narrativa; 3) la confrontación de las memorias.

Palabras clave: memoria individual, memoria histórica, olvido, desmemoria, nostalgia, narrativa histórica latinoamericana.

ABSTRACT

The right to memory is debated in parliaments as well as legislated, invoking the rejection of oblivion. Today, everything invites one to fall prey to the “magnetization of the past”, to re-reading and questioning “official history”, to recovering each and every piece of memory. In this powerful *retrospective* endeavor, Latin-American narrative of the ‘60s has had a fundamental function, which the author addresses in this essay from a triple perspective: 1) the interaction and interlocution between individual and collective remembrances; 2) the ‘patrimonialization’ of memory as a basis for current power, its symbols, its influence over individual memory and its reflection in narrative; 3) the confrontation of remembrances.

Key words: individual memory, historical memory, oblivion, forgetfulness, nostalgia, Latin-American historical narrative.